

CÉSAR MALLORQUÍ PRESENTA...

# Don Quijote

**EL ENIGMA DE OTRO MUNDO**

Nº 4

ILUSTRADO POR **PABLO BROSETA**



**¡DESCUBRE  
LOS SECRETOS  
DE TERRA PRIMA!**

\* ¡EXTRATERRESTRES! \* ¡DUELOS PSÍQUICOS! \* ¡TRAMPAS ROBÓTICAS! \*



CÉSAR MALLORQUI PRESENTA...

# Dan DIESEL

EL ENIGMA DE OTRO MUNDO

Nº 4

ILUSTRADO POR PABLO BROSETA



\* /EXTRATERRESTRES! \* /DUELOS PSÍQUICOS! \* /TRAMPAS ROBÓTICAS! \*



CÉSAR MALLORQUI PRESENTA...

# Don DIESEL

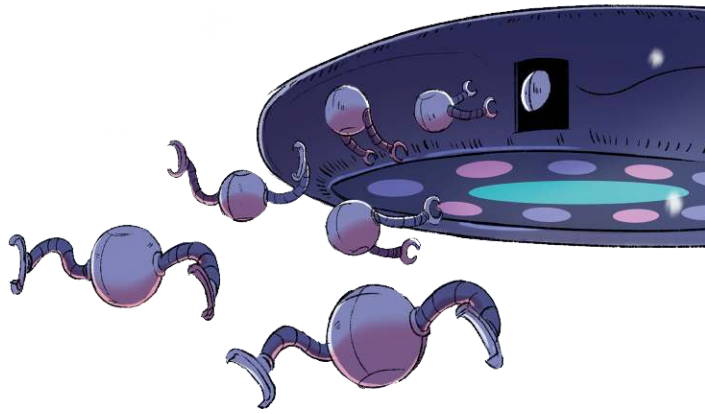
**EL ENIGMA DE OTRO MUNDO**

ILUSTRADO POR **PABLO BROSETA**





*Para Almudena Santos,  
intrépida viajera por los mundos  
de Terra Prima.*





DIARIO SECRETO  
DE DAN DIÉSEL VÉRTIGO

Terra Prima, 14 de diciembre de 1932

He pensado que estaría bien llevar un diario de mis aventuras, sobre todo ahora que he adoptado la identidad secreta de Vértigo. Vale, todavía no soy un agente de Sentinel, pero ya he participado en una misión: rescatar a mi tío Marc. Aunque él sigue diciendo que no lo ha rescatado nadie...

El caso es que ya he volado con la máscara de Vértigo, así que voy a escribir en este cuaderno todo lo que me pase a partir de ahora.

Me llamo Daniel Diésel y tengo 12 años. Soy hijo del difunto agente secreto Samuel Diésel (alias Draco) y sobrino de los también agentes Marc Diésel (alias Lizard) y Sara Diésel (alias Orquídea). Mi sobrenombre es Vértigo. Como todos en mi familia, soy un suprahumano. Mi poder es volar, aunque todavía no lo hago del todo bien.



Ahora estoy en Estados Unidos con mi tío Marc y mi tía Sara, en una casa en el campo cerca de la ciudad de Providence. La casa pertenece a Tadeus Zarkov, un científico loco e inventor. Tiene un guardaespaldas robot llamado Gort que no para de contar chistes malos. Pero es gracioso.

Mi tío y yo hemos venido a América para cumplir una misión de Sentinel. Hace algo más de un mes, apareció la noticia de que un platillo volante se había estrellado cerca de Yellow Rock, un pueblo de Montana. Sentinel envió al agente Charlie Kubrick para investigar el suceso, pero Trench lo secuestró.

Trench es una agencia secreta, parecida a Sentinel, pero de los estadounidenses. Sus jefes no quieren que agentes extranjeros intervengan en sus asuntos, así que también secuestraron a tío Marc en Nueva York. Lo hizo un grupo de supuestos superhéroes, los Cuatro Ases, liderado por el supra Máscara Púrpura.

Por lo visto, son mercenarios que a veces trabajan para Trench. Ah, por cierto, Trench también intentó secuestrarme a mí... Cada vez estoy más convencido de que Terra Prima no es un lugar seguro.

Después del rescate, tío Marc decidió que fuéramos a Yellow Rock, pero como Trench nos vigilaba, recurrió a su amigo Tadeus Zarkov. Aunque, la verdad, no creo que sea muy amigo suyo, porque siempre amenaza con matarlo.

Mañana partiremos hacia Yellow Rock en busca de un platillo volante. Suena raro, pero más raro todavía es que vamos a ir en camión...





# Terra Prima

PROVIDENCE,  
ESTADOS UNIDOS  
Diciembre de 1932







# EL CAMIÓN PRODIGIOSO



Al amanecer, Gort, el guardaespaldas robótico de Tadeus Zarkov, despertó a todo el mundo emitiendo por su altavoz una estrepitosa salva de cañonazos.

Daniel se despertó bruscamente, con los ojos muy abiertos, el corazón en un puño y la certeza de que se avecinaba el fin del mundo. Junto a él, Marc y Sara se incorporaron como resortes, alarmados por el estruendo. No estaban en ningún dormitorio, sino en el salón de la casa; Zarkov no tenía camas de sobra, así que el muchacho pasó la noche en un sofá, su tía en otro y Marc en un sillón.

-¿Qué pasa? -exclamó Daniel, asustado-. ¿Nos atacan?

-No, es cosa de ese guardaespaldas mecánico -respondió su tío, desperezándose-. Tadeus tiene unas ideas muy peculiares sobre cómo despertar a la gente.

En ese momento, Gort entró en el salón y repitió la salva de cañonazos.

-¡Para ya! -exclamó Sara, tapándose los oídos-. ¡Nos vas a romper los tímpanos!

-Debo asegurarme de que están despiertos -dijo el robot-. ¿Lo están?

-Sí, estamos despiertos; nosotros y, con tanto ruido, toda la comarca.

-¿Seguro?

-Segurísimo.

-Bien. ¡Escuchen! Un robot entra en un bar de pinchos y dice: «¡Ay, ay, ay, ay!». Es un chiste. Ja. Ja.

Hubo un silencio mortal.

-No se ríen -comentó Gort, decepcionado-. Quizá no lo han entendido. El robot entra en un bar de pinchos y se pincha, por eso dice: «Ay, ay...».

-Lo hemos entendido -le interrumpió Sara-, y no tiene gracia.

Gort se volvió hacia Daniel y preguntó:

-¿No es gracioso?

-Ni pizca.

El robot se quedó inmóvil; de su interior brotó un ruido de engranajes girando acelerados.

-Comprendo -dijo al tiempo que recuperaba la movilidad-. Les contaré otro. Un robot va a la consulta de un médico...

-Basta de chistes -dijo Marc, ahogando un bostezo-. ¿Dónde está tu amo, Gort?

-Me ha ordenado que prepare el desayuno. Ya lo he preparado. Café y panqueques con sirope de arce. Muy ricos. Están en la cocina.

-Ya, pero ¿y Tadeus?

-El doctor Zarkov trabaja en el taller. Se reunirá con ustedes durante el desayuno. -Gort se dio la vuelta y echó a andar hacia la salida-. No tarden -añadió mientras se alejaba- o los panqueques se enfriarán.

Antes de abandonar el salón, emitió una nueva salva de cañonazos.

Sara cerró los ojos y se acarició la nuca.

-Empiezo a odiar a ese robot -murmuró.



Sobre la mesa de la cocina, encima de un mantel a cuadros rojos, descansaba una fuente llena de tortitas, varios platos con sus cubiertos y sus tazas, un tarro de sirope y una jarra de café.

Daniel, Sara y Marc comenzaron a desayunar bajo la complacida mirada de Gort, que permanecía de pie junto a los fogones.

Al cabo de unos minutos, Zarkov apareció en la cocina. Tenía el pelo más revuelto de lo normal y, tras las gafas, se adivinaban unos ojos enrojecidos por el cansancio.

-Buenos días, mis queridos nuevos amigos -dijo, sentándose a la mesa. Y añadió mirando a Marc-: Eso no

va por ti, apuesto agente Diésel. A ti te deseo que hayas pasado la peor noche de tu vida.

-Pues he dormido como un lirón, gracias -sonrió Marc.

-No te haces una idea de cuánto lo lamento.

El inventor se sirvió una taza de café, cogió dos panqueques de la fuente, los bañó en sirope y empezó a comer.

-¿Cuándo saldremos para Yellow Rock? -preguntó Daniel.

-Después de desayunar -respondió Zarkov con la boca llena.

-Ese pueblo está a tres mil cuatrocientos kilómetros de distancia -dijo Sara, que acababa de dar cuenta de



sus dos primeras tortitas y estaba sirviéndose otras dos-. ¿En serio vamos a ir en camión?

-Claro que sí, querida -repuso el inventor-. Pero no en un camión cualquiera, sino en MI camión. Lo llamo Turbotruck Z. La Z es por la inicial de mi apellido.

-¿Cuánto tardaremos en llegar? -preguntó Daniel.

-Viajando en un vehículo normal, nos llevaría unos tres días. Pero en mi camión llegaremos antes de veinticuatro horas.

-¿Y qué tiene de especial tu camión? -preguntó Sara, sirviéndose dos panqueques más.

Zarkov profirió una risita sarcástica.

-¿Que qué tiene de especial? -Otra risita-. ¡Todo! ¡Todo lo que yo fabrico es especial!

-Podéis fiaros de Tadeus -intervino Marc por primera vez-. Lo conozco: es un genio.

El inventor lo miró con el ceño fruncido.

-No me ganarás con halagos, agente Diésel -dijo en tono gélido-. Claro que soy un genio, pero en tus labios esa palabra suena a basura.

-¿Le pego un tiro, amo? -preguntó el robot.

-Por ahora no, Gort; ya te avisaré. -Se volvió hacia Sara, que estaba cogiendo otro panqueque, y añadió:- ¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta, querida?

-Solo las respuestas son indiscretas -respondió ella, sonriente-. Pregunta lo que quieras.

-¿Cuántas tortitas te has comido?

-Hasta ahora, seis.



-Tienes buen apetito, ¿eh?

-Y eso que hoy estoy desganada.

Zarkov rio entre dientes, dio un largo trago a su café y dijo:

-Cuando esta encantadora dama termine de desayunar (si es que termina), os enseñaré mi Turbotruck Z. ¡La octava maravilla del mundo!



Estaba al fondo del taller. Era un camión grande, rojo y plateado, con el morro alargado y el estilo aerodinámico característico de todos los vehículos de Terra Prima. Detrás de la cabina del conductor había un espacio para los pasajeros y, más atrás, un compartimento cerrado de carga. Zarkov señaló el vehículo con un ampuloso gesto.

-¡Aquí lo tenéis! -proclamó, orgulloso-. ¡Mil novecientos caballos de potencia!

Los Diésel lo contemplaron con escepticismo.

-Es... grande -murmuró Marc.

-Y pesado -añadió Sara.

-Supongo que no será muy rápido -comentó Daniel.

-¿Rápido? -dijo el inventor, mirándolo con el ceño fruncido-. No sabrás lo que significa esa palabra hasta que te montes en él, chico.

-Perdona que insista -intervino Sara-, pero ¿qué tiene de especial?

-¡Todo! Un truquito por aquí, otro truquito por allá... Me he pasado la noche añadiéndole accesorios. Ya veréis, es una maravilla.

-¿Para qué lo construiste? -preguntó Daniel.

-Para irme de *camping*. Recorrer las carreteras, ver el país, esa clase de cosas. Lo que pasa es que, cuando acabé de construirlo, ya no me apetecía irme de *camping*, así que nunca lo he estrenado.

-Entonces no sabes si funciona -dijo Sara.

Zarkov se encogió de hombros.

-Al menos arranca, eso seguro. -Se dio la vuelta y echó a andar hacia la casa-. Recojamos el equipaje y váyanos ya. ¡Trench y la pelea nos esperan!



Tras cargar las maletas, Zarkov se sentó al volante y Gort en el asiento del copiloto, mientras que Daniel, Marc y Sara se acomodaban en tres de los cuatro asientos que había detrás. Zarkov giró la llave de contacto, el motor rugió como una bestia prehistórica y arrancaron lentamente. Al llegar a la carretera, el camión aceleró.

-Iremos hacia el oeste pasando por Pittsburgh -les informó el inventor-. Luego, hacia el noroeste por Cleveland y Chicago. Después, todo recto atravesando Sioux Falls y Rapid City, y por último, directos a Montana. Será un paseíto.